



educación y comunicación
17:83-90 Nov. 2018

HISTORIAS DE LA BIBLIOTECA DE AULA COMO VENTANA A LA IMAGINACIÓN INFANTIL

**School library's stories as a window to the
children imagination**

Isabel Rocío Becerra Gil.
Maestra de Educación Infantil.
CEI Pinolivo de Marbella (Málaga) (España)
E.mail: imejorana@gmail.com

Reumen:

En estas líneas encontrareis dos historias de varias niñas de 5 años en un espacio educativo en contacto con libros infantiles, de una escuela pública de educación infantil. Una historia unida a la otra y que les lleva por caminos mágicos de juego y fantasía. Las historias son reales, y forman parte de la realidad que vivo en la escuela donde ejerzo como maestra y donde aprendo de 26 niñas y niños. No sólo son historias de infancia, puesto que lo que acontece a estas niñas ofrece, además, un marco de reflexión sobre el rol y la actuación de las personas adultas en las escuelas, algo que también podréis leer en este relato de infancia en el que se tocan temas como la mirada, la función facilitadora de las profesionales y los espacios y materiales para favorecer la creatividad y el desarrollo de los mundos de fantasía de niñas y niños

Palabras clave: infancia, juego, fantasía, biblioteca, docente, rol docente.

Abstract:

You will find in this article two stories about some five years old girl that are related to the book's area in which space they have contact with children's books. All this happened in a pre primary public school. One story is conected with the other one and it leads them into magical games and fantasy. Both are based on true stories and they belong to my reality that I experience as a teacher where I learn from twenty six children. Not only are childhood stories, they offer reflection about teaching role and adults work at schools. You will also could read in this children's stories about topics like the way of looking children, facilitation role of the professionals and places and materials to enhance creativity and stimulate the development of children's fantasy worlds."

Keywords: Chilhood, game, fantasy, library, teacher, teaching role

Recibido 25-08-2018 / Revisado 08-10-2018 / Aceptado 19-10-2018 / Publicado 01-11-2018

Introducción

En una de las esquinas de nuestro espacio educativo está nuestra zona de libros, en otras escuelas llaman a este espacio “la biblioteca” pero por alguna razón en la nuestra nos gusta llamar a los espacios de formas menos convencionales. Aunque cualquiera llegaría y diría que voy a hablar de la biblioteca de aula, para Pinolivo (la escuela pública en la que trabajo) hablaré de la zona de libros de mi espacio.

Las paredes amarillas cubiertas con corcho y fotografías sostienen un espejo tríptico en el que mirarse. He pasado mucho tiempo pensando cómo hacer de este espacio un lugar atractivo que atraiga a las niñas y los niños, sobre todo ahora que mi grupo de referencia lo componen 26 niñas y niños de 5 años, y que ya se van a otra escuela de Educación Primaria. Tengo el mismo miedo que cualquier otra persona adulta cuando las niñas y los niños llegan a esta edad, la lectura.

En esta zona, a la altura de ellas y ellos, hay una pequeña estantería prendida con libros que hemos elegido cuidadosamente en la escuela, en el suelo otra, con otros títulos sugerentes. Junto a ésta, una maleta antigua de piel, en la que reposan marionetas y muñecos. Varias alfombras convierten la zona en un sitio un poco más cálido. Una hamaca sirve de asiento a Sofía, que cuenta un cuento rodeada de amigas. El cuento es “Guapa”, la historia de una bruja con joroba, pelo de estropajo, mentón puntiagudo y nariz de patatas que aprende a quererse a sí misma sin que le importe mucho lo que los demás piensan de ella. La miro, a Sofía rodeada de amigas, y pienso que lo he hecho bien: el espacio está cumpliendo su función.

Ese momento que viven Sofía y sus amigas se repite en varias ocasiones a lo largo del día. Muchos niños y

niñas se acercan a los libros y los cuentan o interpretan sus historias. Me piden que les explique algunos, escenificamos otros y a veces esta esquina de nuestro espacio se convierte en un centro social, un punto de encuentro mágico y acogedor.

Un día no ocurre lo habitual. Observo a Naiara coger libros y colocarlos en vertical. Con ella están Lucía y Mar y repiten con cada libro el mismo ejercicio.

Las tres niñas de cinco años han utilizado casi todos los libros de la zona, pero no los están leyendo, están creando alrededor de ellas un continente literario.

Me llama mucho la atención y me acerco a mirarlas, con la esperanza de contar con la suerte de que me dejen formar parte de esta historia. Me gusta documentar lo que viven las niñas y los niños de mi grupo de referencia, pero no siempre me lo permiten, es necesario haber alcanzado un nivel de confianza e intimidad muy alto.



Naiara coloca libros en vertical.

Una de las cosas que me llama la atención es que se descalzan y colocan sus zapatos aquí y allí por el suelo de la zona de libros. Como en casa. De nuevo pienso en que lo debí idear más o menos bien, este espacio ya les resulta tan acogedor que se descalzan, como en casa. ¿hay algo más gustoso que descalzarse al llegar a casa?

Cuando las escucho comienzo a darme cuenta de que, efectivamente, se descalzan porque están en casa, o al menos juegan a estarlo. Las paredes de esta casa que han inventado las han dibujado con los libros y han dado a cada estancia una personalidad única acorde al libro que la limita.



El libro “Salvaje” se ubica en la parte externa de la improvisada casa. Dentro de la casa están sentadas Lucía y Mar.

El jardín está en la parte de fuera, las paredes son el libro “Salvaje”. Una historia de una niña criada en el bosque a la que llevan a la ciudad, donde no se encuentra bien y descubre menos humanidad de la que cabía esperar.

Junto al jardín está el salón de juegos, con las paredes de “El monstruo de colores”, la historia sobre un monstruo que no llega a entender sus emociones y de cómo una amiga le ayuda a identificarlas. En esta zona de la casa hay juegos para la alegría, la tristeza, la calma... Cuando están cerca de estos libros se hacen cosquillas y se burlan divertidas.

La habitación de la madre está junto a la ventana. La habitación la representa el libro “Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes”, que es un recopilatorio resumen de las vidas de algunas mujeres importantes a lo largo de la historia. La ventana “Que llega el lobo”, es un cuento en el que varios animales juegan con las expectativas de la persona que lee al esperar mirando por la ventana a un lobo manso, amigable y divertido en el día se cumpleaños.

La habitación más grande es la de las niñas de la casa, frente al espejo, y con dos libros haciendo de paredes. Los libros son “Las princesas también se tiran pedos” que versa sobre cómo las princesas son tan humanas como cualquier otra persona, tan divertidas y no por ello menos perfectas. Y “¿De qué color es un beso?”, en el que una niña va contando cómo le gusta pintar y lo mucho que le agrada estar en contacto con sus colores y sus pinturas, pero que nunca ha sabido cómo colorear un beso...

Me sorprende que el tejado está a ras de suelo, y lo representa el libro “El ladrón de sonrisas”, una hermosa historia sobre cómo un ladronzuelo va repartiendo alegría por el mundo hasta que encuentra lo que a él



Las tres niñas continúan su construcción descalzadas.

Yo imaginaba que una vez ahí jugarían, adentrándose en un juego simbólico trepidante y creativo que las llevaría por las diferentes habitaciones de su improvisado hogar. Sucedió más o menos así. Lo que viví fue una conversación a tres bandas en la que las niñas iban dándose la palabra para contar una historia en la que princesas, dragones y una madre disfrazada de unicornio salvan un castillo que iba a ser quemado.

Mucho rato después del inicio del juego soy capaz de articular palabra y acercarme a ellas para descubrir las conversaciones y darme cuenta de que la madre disfrazada había salvado al dragón de morir quemado y lo había invitado a casa a pasar la noche, jugando con las princesas. Pero parece ser que el dragón echaba de menos su castillo y no hacía más que mirar por la ventana... pobre.

¡Hay tantos dragones en la escuela que miran por la ventana echando de menos el hogar! Aunque nos disfrazemos de unicornio y ofrezcamos el mejor de los entornos, parece que los dragones no dejan de echar de menos del todo.

Aun así, siempre podemos cuidar de nuestros drago-

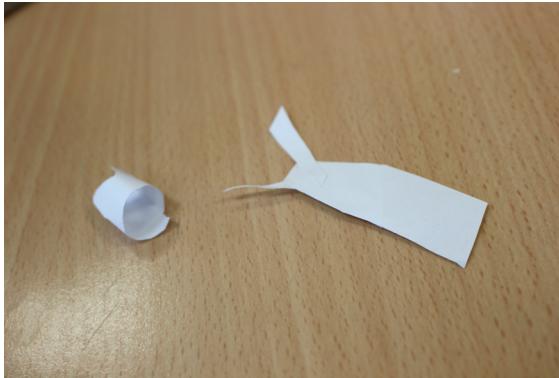
nes, ofreciendo una escuela amable, ese lugar pensado y agradable para los niños y niñas, las familias y la escuela del que habla Hoyuelos (2006). Un espacio al que volver cada día con alegría y ganas y en el que sentirse identificado.

Cuando dejaron de jugar en la biblioteca volvieron a sus cosas, mágicas y compartidas y yo me quedé pensando largo rato en ellas y en la historia tan bella que me habían regalado y que, además, me sirvió para darme cuenta de que nunca dejan de echar de menos. Dos de mis tres dragonas me volvieron a dar una historia preciosa algunos días después. Una historia sobre la importancia del papel en blanco... que sí, ya verás.

En mi espacio educativo los materiales fungibles se disponen al abasto para todas las niñas y niños de mi grupo. Tijeras, colores, folios, pinturas... todo lo que puedas imaginar, es más, creo que todo lo que ansié en mi adolescencia tener en mi estuche (sí, yo coleccionaba bolígrafos de colores, cintas adhesivas con dibujos, pinturas, etc.).

En nuestro espacio no contamos con muchas mesas y sillas, el espacio está compuesto por otras zonas con alfombras, hamacas, cojines... no era difícil ver a Lucía y Mar, ya que estaban sentadas en una de las mesas con las que contamos con una tijera cada una y un folio en blanco, pegamento y algunos rotuladores aquí y allí.

A la primera que observo es a Mar, que recorta uno de los folios con su peculiar manera, tiras en zigzag que junta con pegamento y se coloca en su dedo índice de la mano izquierda. No lo entiendo, desde mi mirada de adulta, que está tan filtrada, hasta que lo veo en la mesa. Es un disfraz, un disfraz de dedos. Como una marioneta. Una corona y una capa me parecen. Pero



Lucía después de hacerse el disfraz de dedos ha pintado en su dedo una sonrisa y dos ojos. Definitivamente están creando personajes de papel para sus dedos. Me dejo llevar por la delicadeza con la que las niñas tratan el material, la concentración que soy capaz de intuir en sus miradas y la dedicación que ponen en su tarea. Continúan.



A medida de que se van acercando al final de su cometido, comienzan a hablar sobre ello y se van preguntando por los personajes que están haciendo. Por

un momento parece que lo han pactado previamente. Lucía es la encargada de hacer algunos y Mar otros, como si fueran las directoras de casting de una importante obra de teatro, han encontrado a los personajes perfectos.



Estos personajes perfectos son una madre disfrazada de unicornio, unas princesas y varias amigas que van a salvar a un dragón, que vive en una casa que alguien malo quiere quemar y, más para prevenir que para otra cosa, estas intrépidas aventureras han decidido emprender su camino.



Luego se vuelven a marchar, juegan con sus manos como marionetas y se divierten compartiendo esta historia con más gente. Todo esto jamás habría podido ocurrir en un entorno poco seguro para la infancia, en el que las niñas no se hubieran sentido cómodas. Todo el entramado de relaciones que se generan con las personas y los materiales dentro de un espacio educativo ha de ser un reflejo de la infancia en estado puro para estas edades. La mayor de las herramientas que tenemos para esto somos nosotras mismas, como docentes, y nuestra naturaleza como maestras facilitadoras de aprendizaje, más allá de instructoras.

¿No sería gratificante que las escuelas hablaran más de niños y niñas que de adultos y adultas?

Me han vuelto a dejar formar parte y les doy las gracias por haberme dejado estar a la escucha. A veces pienso que desde nuestra atalaya no escuchamos lo que ocurre a nuestro alrededor y en las escuelas deberíamos acercarnos más a la infancia y hacerla sentir más escuchada, ¿no? Alfredo Hoyuelos (2014: 126) nos lo dice: “Necesitaríamos reinventar muchas de las

cosas con las que estamos viviendo, para sugerírnoslo, está sustancialmente la voz de los niños.”

Al ser escuchadas estas niñas construyen un sentido de lo que hacen, encuentran placer y dan valor a comunicar lo que viven (Hoyuelos, 2004), esta escucha además debe ser una escucha activa y atenta, una fijación de la mirada del adulto hacia la infancia, una mirada participativa e interesada, capaz de promover sin interferir la evolución de los intercambios hacia niveles superiores (Tognetti, 2016). Ellas me ofrecen su historia porque se sienten seguras de hacerlo. Sencillamente he tenido la suerte de encontrarme con niños y niñas que me han cambiado al dejarme estar, para ser más solícita y comprensiva respecto a su mundo (Van Manen, 2010).

Una buena amiga y maestra de una escuela pública referente en innovación educativa en España me dijo una vez: “Las escuelas tienen que estar hechas para los niños, es que las escuelas son para los niños.”

Un pequeño inciso, desde entonces cada vez que piso una escuela busco evidencias de infancia y me he vuelto especialmente quisquillosa, hasta el punto de molestarme pasear por alguna de las más laureadas escuelas del mundo en uno de mis viajes por el sudeste asiático porque, como mi amiga me había enseñado, las escuelas son para la infancia y no veía más que un paseo bien lucrativo. Habíamos pagado un dinero por una visita guiada por la escuela y eso es lo que recibimos, una visita guiada y poco profunda, por unas instalaciones exquisitas, pero en las que no se olía infancia. He de decir que mi opinión cambió cuando pude hablar con uno de los maestros de aquella escuela, quien amablemente nos mostró “la otra cara” de la escuela.

Vuelvo a mis reflexiones. Asumir que la escuela es un

entorno para la infancia, para el niño y la niña, y no un lugar para el adulto o la adulta, es uno de los retos más naturales a los que se debe enfrentar la escuela actual. Buscamos entonces una escuela en la que la mirada hacia la infancia ha cambiado, separando las necesidades de las personas adultas de las necesidades de los niños y niñas, asumiendo como natural el momento de ofrecerse a la infancia como acompañante de un proceso y un entorno que les pertenece, que es suyo y no de las maestras.

Anteponer las necesidades del niño o de la niña a las propias de las maestras es una de las claves para dejarles crecer, para que de verdad su aprendizaje parta de su propia naturaleza, sus fuerzas y estridencias, sólo con la propia esencia del momento de aprendizaje.

Algo que parece tan obvio es uno de los grandes problemas de la educación actualmente. Cambiar la mirada para ver a través de la mirada de los niños y niñas, las necesidades que tienen y partir de éstas, no de las que las personas adultas podamos creer que tienen.

¿No sería más satisfactorio que las niñas aprendieran más por sí mismas?

Esta es la primera de las reflexiones sobre el rol docente que se me plantea con las historias de Lucía y Mar.

Una de las funciones docentes debe ser la facilitación de aprendizajes. Esto supone colocar al maestro o la maestra como una persona que proporciona las herramientas, las estrategias y técnicas para hacer más sencillo el proceso de aprendizaje por parte del alumnado (Mortimer, 1984).

En este caso, la persona adulta forma parte del proceso del niño o de la niña en tanto en cuanto está para hacer un acompañamiento del camino que recorre el

propio discente. Escuché a Gerver en una charla que el reto del maestro que es que el niño aprenda más por sí mismo. Es decir, que adquiera estrategias y herramientas que le hagan capaz de generar su propio aprendizaje.

Asumir esta faceta del rol docente es tomar conciencia de que la función de transmisión que hasta ahora formaba parte de la vida del maestro y la maestra ha de ser ampliamente revisada. El docente o la docente facilitadora no se limita a tomar conciencia de las virtudes memorísticas del alumnado, ni pretende tomar el control sobre lo que “deben” saber, imponiendo como algo indiscutible aquello que dice el maestro o la maestra.

El docente o la docente facilitadora establece una línea de enseñanza en la que el niño y la niña buscan e indagan sobre la verdad de las cosas. La persona adulta ofrece estrategias, facilita la comprensión, ayuda en la orientación, apoya y guía en el proceso. Es una acompañante.

Como acompañante del proceso, establece cuáles son los límites, pues dejar hacer al niño y la niña no supone que tiene libertad de obrar en todos los sentidos, sino de obrar en el camino de lo correcto, no en lo equivocado, no en lo malo (Standing, 1980).

Facilitar también supone diseñar los espacios y materiales que hagan que el niño o la niña se desarrolle de forma autónoma. Facilitar espacios o ambientes ricos, estimulantes y adecuados al nivel de desarrollo de la infancia.

Ahí está el trabajo sutil de la docencia, en disponer la realidad educativa de forma que los niños y niñas actúen en ella de forma libre pero ordenada y productiva, acorde a sus necesidades, en consonancia con lo que precisan como personas.

Me imagino que hubiera sido de mí, mi creatividad y

el desarrollo de mis mundos fantasía si, sencillamente, me hubieran dejado ser.

Referencias bibliográficas

Hoyuelos, A. (2014) La ética en el pensamiento y obra de Loris Malaguzzi. Barcelona: Octaedro

Hoyuelos, A. (2006) La estética en el pensamiento y obra de Loris Malaguzzi. Barcelona: Octaedro

Van Manen, M. (2010) El tono en la enseñanza. El lenguaje de la pedagogía. Barcelona: Paidós

Tognetti, G. (Enero-Febrero, 2016) Estética y aprendizaje. In-Fan-Cia, Revista de la Asociación de Maestros Rosa Sensat, 155; 18-22